

—¡En fin!—exclamó él.—Se hace de noche y es preciso llevar el calesin este á casa de Tremor, y cuando entremos en la nuestra ya será tarde.

Al pasar por un sitio tan mejestioso como imponente, observó el guarda:

—Hay una leyenda que predice que el castillo se derrumbará de resultas de un diluvio. No piso una vez por aquí que no piense en ello.

—Esas son necedades—murmuró la corsa, dirigiendo una desagradable mirada al antiguo edificio.—Hace siglos que existe esa mole, así como el estanque; y ni al uno ni al otro les ha sucedido nada.

El estanque de Chevagnes es uno de los más importantes.

El calesin rodó aún un cuarto de hora á través de los bosques, por un camino muy accidentado; y luego se detuvo en una especie de plazoleta de pueblo, rodeada de algunas casas, de un presbiterio, de una escuela y de una iglesia, en cuyo puntiagudo campanario sonaba el *ángelus*.

Aquel pueblo era Chevagnes.

XI

Fargeas se apeó, y con el puño del látigo dió dos ó tres golpes en una gran puerta embutida entre dos pilastras de piedra, mientras que el caballo, conociendo que la cuadra estaba cerca, relinchaba de contento.

Un campesino que vestía blusa y calzaba zuecos, se presentó en el dintel.

—¿Sois vos, Fargeas?—dijo.

—Sí, mi buen Juan. Somos nosotros.

—¿Habeis hecho bien el camino?

—Perfectamente, y eso que el trayecto es un poco largo para este pobre animal.

—¡Bah! ya está acostumbrado.

—Es que de Corbigny á aquí, hay ocho leguas de camino; entre ida y vuelta son diez y seis, y es una buena ración.

—Ya descansará mañana, si lo necesita.

—Venimos á despedirnos y á daros gracias por el calesin, que nos ha servido de mucho, y nos volvemos á Gué-aux-Biches.

—Nada de eso; comereis con nosotros. Y luego, cuando os plazca, os ireis.

—Pero Solange está sola y nos espera,—dijo Catalina.

—Solange, señora mía, os espera en el Priorato. Es una sorpresa que Román os tenía reservada. Fué á buscarla y nos la ha traído. Está aquí, al lado del viejo, el padre, y de Pedro Chadonin, nuestro primo, el cantero de Oullans. No podeis iros.

Y así hablando, Juan Tremor, el mayor de los Tremor de Chevagnes, desenganchó el caballo, que con tanta complacencia prestó al guarda, y devolvió el carricoche, mientras que Fargeas y su mujer quitaban de él todos los paquetes, producto de las compras hechas en Corbigny, que era el sitio más civilizado y más próximo de ese desierto perdido en medio de los bosques.

—Vamos—dijo,—que se enfría la sopa.

Los Fargeas aceptaron, sin hacerse rogar, como buenos vecinos.

Ellos y los Tremor eran amigos verdaderos. Amistad vinculada de padres á hijos, y que databa de largos años.

En otros tiempos un Fargeas casó con una Tremor.

Al ruido del coche, Román salió á saludar á los recién llegados.

Román era, naturalmente, elegante.

Tomando los paquetes que llevaba en la mano la guardesa, y besándola en ámbas mejillas, díjole jovialmente:

—Me agrada en extremo besar vuestro sano, fresco, natural y bondadoso rostro, que en nada se parece al de esas damas que están en el castillo, tan pintarrajeadas y empolvadas. He dado una vuelta por allí. Lo invade todo el gran mundo. ¡Qué trajes tan hermosos, Jesús! ¡Quedé deslumbrado! Entrad, entrad.

—¿Y Solange?

—Ahí está, dedicada á cuidar de la comida.

—¿Luego, hay boda esta noche?—dijo Fargeas.

—Casi, casi. Son los esponsales.

Y acercándose á Catalina, le dijo al oído:

—Hoy es aniversario de vuestro casamiento. Lo festejaremos reunidos. ¡Cae bien! Tengo que hacer os una petición.

—¿Cuál?

—He reflexionado que ya es tiempo de pensar en casarse.

—¿Qué deseais?

—¿No se os alcanza?

La señora Fargeas contestó suspirando:

—Ya lo creo.

—¿Y bien?

—Que yo os contestaría en seguida, y muy contenta, que sí.

—Confío en que vuestra hija pensará lo mismo.

—¿La amáis, pues?

—Hace ya mucho tiempo que no duermo tranquilo.

En esto llegaron Fargeas y Juan Tremor.

—Pasad—dijo el admirador de Solange.

Y en voz baja, al oído de la corsa, añadió:

—Reservo mi petición para los postres.

La cocina donde entraron los Fargeas estaba alumbrada por una lámpara que pendía de la viga central. La luz, atenuada por una pantalla verde, daba de lleno sobre el mantel que cubría la extensa mesa.

En las paredes había cacerolas de rojo cobre.

Una sirvienta, ya entrada en años, y decentemente vestida, cuidaba del exquisito guiso de liebre.

Al entrar los Fargeas, tres personas que estaban sentadas junto á la chimenea, se levantaron.

La una era el dueño de la casa, el jefe de los Tremor, un anciano muy respetable y simpático, que dispensó á Catalina la más afectuosa acogida.

Cerca de él se hallaba su primo, hombre

simpático también, un burgués campesino, algo así entre el labrador y caballero. Tendría cincuenta años.

Era el primo Chadouin, propietario á dos leguas de Chevagnes, de unas magníficas canteras, de donde sacaban piedra tan buena y hermosa como el mármol, y la llamaban *granito de Oullans*.

Pedro Chadouin, solterón como Juan Tremor, rico, que trataba con gran intimidad á la familia, era hombre de pocas palabras, y cuando hablaba, hacía lo sentenciosamente y por monosílabos.

Por aquellos contornos, donde todo el mundo le estimaba, no le conocían más que por *Chadouin el mulo*.

La tercer persona era Solange Fargeas, que no abandonó el rincón que ocupaba en la sombra.

Diríase que se hallaba bajo el peso de una falta, avergonzada y contrariada ante aquella fiesta dada en su obsequio y cuyo desenlace presentía.

No hizo el menor movimiento para acercarse á sus padres.

Al ver á Román Tremor, frunció el ceño. Este llevaba los paquetes que recogió de manos de Catalina.

—Me figuro que esto será un traje nuevo para la perla de Chevagnes, que desea engalanarse cual si su belleza necesitara adornos—dijo Román.

—A la mesa—ordenó el viejo Tremor.—Luego tendrán ustedes tiempo de hablar.

Dos vaqueros y una robusta y coloradota muchacha, con los brazos desnudos, llegaron del establo y tomaron asiento al extremo de la mesa, á seguida de los dueños.

En casa de los Tremor todos eran de la familia.

La conversación fué general y animada; hablóse de lo bien condimentados que estaban los guisos, el de liebre sobre todo; se compadeció á los necesitados, etc., etc., y en tanto Román no dejaba de contemplar á Solange, sentada á su derecha, y hasta se permitió buscar, con el suyo, el pie de la joven; mas ésta lo retiró suavemente.

Se habló también de Simón, el antiguo herrero, y dijo Román:

—Ese infeliz lleva dos meses en la cárcel.

—El tiene la culpa—contestó el viejo Tremor.—Tenía un buen oficio y no lo quiso conservar. Dedicarse á cazar furtivamente es una perdición.

—Y según parece—dijo uno de los vaqueros,—el hombre está muy enfermo.

—Lo compadezco, pero censuro su conducta—añadió el anciano.—Es preciso cuidar de que á su mujer no le falte nada.

—Estad tranquilo, padre; ya hemos pensado en ello.

—Hace poco, cuando estaba yo en el alfalfal—dijo la vaquera, he visto pasar multitud de señorones del castillo. El señor Oliverio iba entre ellos.

Solange levantó la cabeza.

—Ha venido mucha gente para asistir á la boda.

—La señorita Elena es excelente— dijo Román;—pero se me figura que no ha tenido buena mano para elegir el pájaro que ha elegido: es un mal bicho, según refieren.

Fargeas contestó que aquel era un matrimonio de conveniencia, para unir la riqueza de Taunay á la de Rochevaille, y que la cuestión de sentimiento era secundaria.

Juan Tremor ocupábase en trinchar, con todas las reglas del arte, dos magníficos patos.

Esto fué un verdadero entreacto, durante el cual se bebió bastante vino.

Roman se levantó.

Un vivo rubor enrojecia sus mejillas, y estaba algo turbado.

Al fin dijo.

—Puesto que se habla de casamiento, y los vecinos del castillo nos dan el ejemplo, debemos nosotros hacer otro tanto. De mí se decir que después de haberlo consultado con mi padre y con mi hermano, me atrevo, mae-se Fargeas, á pedirlos la mano de vuestra hija.

—¿De Solange?—dijo el guarda.

—No teneis otra.

—Sin duda. Es un verdadero honor que nos otorgais, Roman, y por mi parte... accedo tan contento como ufano...

El guarda, en efecto, se consideraba tan satisfecho como orgulloso y honrado, con semejante petición.

Y volviéndose á su mujer, le dijo:

—¿No es verdad, Catalina, que es una honra; que eso es demasiado para nosotros, que nada somos?

—Yo no soy rico—dijo Roman con aire de triunfo;—pero trabajando con perseverancia habrá de sobra en el Priorato para nosotros y nuestros pequeñuelos si vienen. Deseo tener una mujer buena, que me guste y se lleve y condúzca bien con nuestro padre y con Juan. Sé quién es Solange y la quiero, si ella accede.

El no dudaba de que Solange asentiría.

La madre no estaba tan segura de su hija, y la miraba con ansiedad.

—A Solange es á quien hay que dirigirse—dijo.—Si ella piensa como nosotros, todo está arreglado, no hay más que hablar.

Todas las miradas se fijaron en la muchacha.

Esta desgraciada, temblando, bajó la cabeza.

¡Lloraba!

Había llegado el momento que tanto temió.

Como se obstinara en callar, Roman repuso:

—Vamos, no tengas miedo. Todos te queremos en esta casa. Te hemos conocido de pequeñita, y has brincado más de una vez sobre nuestras rodillas. Y siempre serás la niña del Priorato, aunque llegues á ser la dueña. Se me figura que no te inspiro aversión. No soy muy joven, pero así tendré más reflexión para saber hacerte dichosa.

Ella no se movió, y seguía en la misma triste y tenebrosa actitud.

Román, asombrado, le levantó la cabeza, y vió derramaba abundante llanto.

El primo Chadouin presintió un desastre.

—Yo creí que sentías alguna simpatía, algún afecto hacia mí—dijo Roman.—Al menos, así me lo diste á entender esta primavera. ¿Me engañabas acaso?

Ella entonces contestó con voz apagada:

—No, Roman.

—¿Y bien...?

Haciendo un esfuerzo repuso:

—Es que no quiero casarme.

Una dolorosa angustia oprimió el corazón de Catalina.

La turbación de Solange, sus lágrimas, su rubor, fueron una revelación para la infeliz madre.

—Hija mía—dijo Fargeas—créeme que tanto á tu madre como á mí nos causas una verdadera pena.

—Dejadla—exclamó Roman, herido en lo más sensible de su alma.—No debeis contrariarla. Yo esperaba una grata respuesta. ¡No me ama! Está bien. ¡Cómo ha de ser!

—¡Solange!—dijo el guarda con suplicante voz.

Pálida como una muerta, y moviendo la cabeza, la pobre niña exclamó:

—¡No puede ser!

La comida terminó tristemente.

Momentos despues, los Fargeas emprendieron el camino hacia su casa. El guarda y

su mujer iban juntos. ¡Solange iba detrás de ellos!

Y la corsa ¡con sus oídos de madre! escuchaba los sollozos de su hija, aunque esta hiciera todo lo posible por sofocarlos.

XII

El día siguiente amaneció hermoso; el sol era radiante y la temperatura agradabilísima.

Pero nada de esto podía devolver á los moradores de Gué-au-Biches la alegría que acababan de perder.

Cualquiera hubiese dicho al contemplar el triste y silencioso aspecto de la casa, que había ocurrido allí una defunción.

Desde el amanecer salió Lucas Fargeas con el fusil al hombro. No quería estar en su casa, ni ver á su hija; tenía miedo á la indignación que sentía desde la víspera.

Despues de andar un rato sin darse cuenta de nada, sentóse junto á un árbol, y por primera vez contempló descontento y contrariado su casita.

La negativa de Solange trastornaba por completo su hasta entonces feliz existencia.

¡Ofender de ese modo á los Tremor, sus mejores y más antiguos amigos, de quienes tenia recibidas tantas atenciones y que eran personas de indisputable mérito!

¡Parecía imposible!

Catalina, tan descorazonada como él, había tenido que salir en aras de la obligación

de llevar leche á un parador bastante distante de su casa.

Solange, al rehusar á Tremor, echaba por tierra los planes que sus padres acariciaban desde hacia tiempo.

Lúcas se levantó y perdióse por el bosque, con la cabeza baja, el paso tardo, el ánimo abatido y muy feróz la fisonomía.

Apenas desapareció el guarda de aquellos alrededores, se adelantó un hombre, dirigióse á casa de Lúcas, llamó dando unos golpes en la ventana; y como Oliverio tres meses antes, dijo él también:

—¡Solange!

La ventana se abrió y se asomó la pobre muchacha, cuyo semblante era fiel espejo de los pesares que sentía. ¡Infeliz niña!

—¿Sois vos, Román?

—Sí, soy yo.

—¿Qué deseais?

—Hablar contigo.

—¿Para qué?—exclamó, bajando la cabeza.

—Es preciso.

—Entrad.

La actitud de Román Tremor era casi amenazadora.

—No he debido volver—dijo—después de la ofensa que ayer he recibido de tí; pero cuando se ama de esta manera, no tiene uno dignidad ni vergüenza. ¡Quiero saber los motivos que tienes para haberme dado ese engaño tan cruel! Y no volverás á saber de mí luego. Pero dime antes á qué ha obedeci-

do ese inesperado cambio, puesto que, como sabes muy bien, consentías en ser mi mujer.

Solange no despegaba los labios y seguía con la cabeza baja.

Román continuó diciendo:

—Y si dí el paso que dí con tus padres, fué porque creía en tu promesa. Y en vez de la alegría que esperaba para mí y para todos, recibí ese bofetón, esa afrenta, ese pesar!

Solange bajó tanto la cabeza, que casi tocaba con ella la labor que tenía en las manos.

—Habla—repuso Román con violencia;—dí lo que quieras, pero habla.

Y como viera á Solange palidecer cual si fuera á caer desfallecida, cambió de actitud y repuso con la mayor dulzura:

—No hay razón para hablar así; ¡compadéceme! Quizá te he ofendido, pero te juro que ha sido sin querer, y estoy dispuesto á pedirte perdón.

—No, Román—contestó ella con voz trémula y procurando contener el llanto—en nada me habeis ofendido. Siempre habeis sido bueno, demasiado bueno conmigo; pero os ruego que no insistais. No quiero casarme; y no porque no os ame, sino porque... no debo.

—¡No comprendo!

—Quiero quedarme con mis padres—repuso vivamente, temerosa de haber dicho demasiado.

Román quedó sumido en hondas reflexiones.

—¿Quiere decir que no te casarás?

—Nunca.

—¿No amas á nadie?

Ella entonces, con los ojos llenos de lágrimas, le miró fijamente; y procurando dominarse para no prorrumpir en sollozos, titubeó un instante, y luego, más serena, contestó:

—A nadie.

—Entonces es una locura.

—No—añadió ella;—es honradez.

Esto fué una confesión.

Román, al oirla, retrocedió unos pasos. Rompió con rabia el grueso bastón que llevaba, cuyos pedazos arrojó al hogar.

Acercóse luego á Solange, cogió una silla y se sentó.

—Esto que sucede—dijo—no es natural. Aquí hay una historia que me ocultas. La *Bigornia* me ha encontrado durante este verano muchas veces en el campo, y en una ocasión me ha dicho con acento misterioso: ¡Amáis á la hermosa niña de Gué-aux-Biches! ¡Acariciáis la idea de casaros con ella! ¡Pues mucho cuidado; porque ¡quién sabe si habrá otro más listo que os aleje de ella! ¡Hay quien la ronda! Confieso que no dí importancia á esas murmuraciones. A veces esa pobre mujer está realmente trastornada. Pero hoy [recuerdo sus palabras, tengo que convencerme, aunque se me parta el alma de dolor, que eran fundadas y no pienso desde ayer en otra cosa.

Esa mujer vaga por ahí día y noche, y todo lo sabe. Si es por un capricho, porque

ya no te agrado ó no me quieres, por lo que me rechazas, respetaré tu voluntad, Solange. ¡Y esperaré con la paciencia que dá el amor verdadero, á que vuelvas á ser la misma de antes; pero si yo supiera que otro ocupa el lugar que yo creí mío ¡voto á mil diablos! te juro que lo aplastaré como si se tratase de un gusano!

—¡Román!

—¿Por qué me engañabas? Recuerda que cuando paseábamos por los bosques, no era amistad, sino amor, el sentimiento de que hacías gala. ¡Tan pronto has olvidado los encantadores planes que hacíamos para el porvenir?... Expílicate. Es un favor que te pido. Sea lo que sea lo que me digas, peor es la duda. ¿Por qué, dímelo, has cambiado así?

—Os lo ruego...

—Quiero saberlo.

—No puedo hablar.

—¡Solange!—exclamó él indignado.

—¿Me vais á pegar?

—¡No! eso fuera una bajeza. Tú eres una niña y yo soy un hombre. Pero tengo miedo de mi furor. Me voy. Es lo más prudente. ¡No puedes tener idea de lo que sufro! ¡Qué feliz era ayer! ¡La vida me parecía tan hermosa! No me hubiera cambiado por el más poderoso de los hombres. Tu amor era mi ambición y mi dicha. Mientras que ahora sólo deseo matarte y matarme yo luego; puesto que presiento que si me rechazas, es porque...

—Dilo.

—Porque amas á otro.

Solange se encogió tristemente de hombros y se llevó la mano al pecho.

—Ya lo ves; no te atreves á negarlo—exclamó Román oprimiéndole un brazo con tal rudeza, que ella se quejó.

—¡Me haceis daño!—dijo.

—Dime cómo se llama ese hombre.

—No puedo.

—No saldré de aquí sin saberlo.

—Pues no he de decirlo.

—¿Luego se trata de un hombre indigno de tí, á quien ni á nombrar te atreves? ¡Eso quiere decir que ha cometido contigo alguna infamia!... ¡Es para destrozarse la cabeza contra la pared! ¡Tú, que eras tan buena, tan leal y honrada! ¡Teníamos confianza en tí, y tú la tenías también en nosotros! No te he oído nunca faltar á la verdad. ¿Quién es, pues, el miserable que?...

Y la amenazaba cogiéndola de los brazos; pero ella no se defendía, ni lo intentaba siquiera.

Román la vió palidecer de nuevo, y notó que inclinaba la cabeza, que le faltaban las fuerzas y se desmayaba.

A no haberla recibido en sus brazos, hubiera, la infeliz, caído al suelo.

El la prodigó las más tiernas caricias, la llamó por los nombres más dulces, procurando con afán hacerla volver en sí.

Cuando se repuso del vahído, al verse en brazos del hombre á quien adoraba, exhaló un doloroso grito:

—Déjame—exclamó.—Véte.

—¿Por qué?

—Porque ya no soy digna de tí.

Y separándose de él se echó en una silla, apoyóse de codos en la mesa, y con la cabeza entre las manos, prorrumpió en amargo llanto.

—¡Desgraciada!—dijo él.—¡Tienes un amante!

Solange no contestó.

—¿Lo sabe tu madre?

—No.

—¿Y Fargeas?

—Tampoco.

—Y ¿qué va á ser de tí?

—¿Qué os importa. Dejadme. ¿No veis que me estais martirizando? ¡No hablais sino de vuestros sufrimientos! ¿Y los míos? ¿Qué diríais de ellos si los conocierais?... Sí, Román, soy indigna de vos. Hubiera querido ser vuestra mujer: este era mi sueño dorado; ¡pero ya no puedo realizarlo! Otro hombre ha sido mi perdición... ¿Cómo sucedió eso? Os aseguro que no lo sé. Fué una fatalidad. No trato de disculparme; no me creeríais, y tendríais razón: las apariencias me condenan. Sin embargo, no soy ambiciosa ni coqueta. Vivía feliz en esta casa, al lado de mis padres, ¡no ambicionaba más! Pensaba en vos con alegría; contaba con que nuestra vida se deslizara tranquilamente en este pueblo, sin vanidades ni penas, rodeados de tantos vecinos que nos consideran y estiman. ¡Todo ha concluido! ¡Ya no tengo derecho á esas ilusiones!.. Qui-

zá he faltado... No supe defenderme... Antes debí dejarme matar... ¡Mi caída es más terrible aun de lo que podeis suponer! ¡Cómo nos dijeron nada mi constante rubor y mis tristezas? Alejaos de mí para siempre... ¡No sé lo que me espera; pero ya sabeis la verdad! Y apoyando la cabeza en la mesa, lloró sin contenerse.

Román Tremor estaba atónito.

Vaciló un momento entre el orgullo y el amor que sentía por aquella criatura, que casi había educado, y á la que adoraba apasionadamente.

El orgullo venció.

—¡Lo comprendo todo!—dijo con acento brutal.

—¿Qué quieres decir?

—Te acusas porque la verdad salta á la vista y se aproxima el día en que no podrás ocultar tu deshonor. Te has entregado por vanidad, no por amor. Es decir, ¡te has vendido! Y tu amante es el conde Oliverio, nieto del marqués, heredero de sus títulos y de sus millones, el gran señor que nos desprecia, lo mismo á tí que á los demás, como si fuéramos gusanos. ¡Ah! ¡las mujeres! ¡Qué baja, qué infamia! ¡Y esta es la que me hablaba hace pocas semanas todavía, de casamiento, del porvenir, y me dirigía frases de cariño y de ternura! ¡Y yo era tan imbécil, que lo creía! ¡Pensar que ya había pertenecido á ese maldito conde! ¡Qué miserables somos! Cuando considero que si hoy confiesa su falta, su infamia, es porque no tiene más reme-

dio, porque la mentira es imposible, siento impulsos de destrozarle la cara y aplastarla contra la pared.

Ella cerró los ojos para no ver el furioso semblante de su novio.

Y como él no cesara de injuriarla, arrojóse y exclamó:

—¡Román, piedad, os lo ruego!

—Ya sé lo bastante. Adios, Solange, la del candoroso semblante y el corazón de cianuro. Adios; has dicho la verdad; no eres digna de llevar el nombre de un hombre honrado.

Y salió precipitadamente de la casa.

Iba loco de desesperación y de ira.

Solange le siguió con la mirada.

—Tiene razón—dijo;—no soy digna ni de vivir, y al mismo tiempo he sido tan cobarde que no he sabido morir. Y para... esto, después de todo, ¿qué hace falta? Un minuto de valor, y nada más.

Escribió vertiginosamente unas líneas en una hoja de papel que dejó sobre la mesa.

—¡Qué pena le espera á mi pobre madre!

Eran las nueve de la mañana.

El día no podía ser más hermoso.

La infeliz sostenía una lucha terrible consigo misma.

—¡No tengo valor para soportar el enojo de mis padres!—pensó.

Y dirigiéndose hacia el estanque y al punto donde el agua era más profunda, turbada y temblorosa, se inclinó para tirarse.

Pero en este momento, y por el camino de Chevagnes á Gué-aux-Biches, oyó una vez

ronca y burlona; la pobre niña se enderezó enseguida.

—Hé aquí—dijo la misma voz—la más hermosa juventud dispuesta á cometer una tontería.

Era la *Bigornia*, que, con el pretexto de recoger leña seca, se paseaba por allí para preparar sus lazos.

—¿Estabais ahí?—preguntó Solange, sin dejar de temblar.

—¡Afortunadamente! Tu cabeza no puede pensar que la muerte es irremediable.

—¿Qué os figuráis, Simona?

—Me figuro que es muy doloroso escuchar ofensas que no se merecen, sobre todo cuando nos la dirige alguien á quien amamos mucho; y como hace un instante oí hablar en alta voz en Gué-aux-Biches, y he visto además á un hombre, enfurecido, que me lo refirió todo, he seguido tus pasos sin demora, pues quiero de veras á mi Solange para permitir que tome un baño de quince piés de profundidad, con la idea de quedarse en el fondo para curarse de sus penas.

—Pero...

—Vuelve á tu casa. Tengo la seguridad de que he de llegar á saber ó descubrir algo que ha de servir de mucho.

Y entró en la choza sin dejar de acariciar, con sus huesosos dedos, el brazo de la pobre joven.

En seguida vió el papel que esta había dejado sobre la mesa.

—Si quisiera, leería esto; pero no soy

indiscreta y prefiero que tú me lo leas.

—¡Simona!

—Lée; lo exijo.

Solange, vencida por el ascendiente de la anciana, obedeció.

«Padres míos:

»No me volvereis á ver. Soy muy desgraciada. Os idolatro. Perdonadme.

»SOLANGE.»

—Sabía el contenido cual si lo hubiera escrito yo misma. ¡Estás loca! ¡No reflexionas!

—¿Y qué va á ser de mí?

—Lo que tú quieras que sea.

—¿Cómo?

—El conde Oliverio ha cometido una falta; á él toca repararla.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Todo. Eres hermosa como el día. Yo me entiendo. En mi juventud he visto muy de cerca el gran mundo. Entónces Chevagnes estaba atestado de grandes trenes: los días todos tenían el aspecto del de hoy, que es de gala por el casamiento del conde. Los criados referían las historias de los amos. Y ya se sabe que una linda muchacha maneja á los hombres como se les antoja. ¿Si ese Oliverio ha cometido casi un crimen para poseerte, qué no hará para conservarte?

—¡Ay! ¡no he sido más que un juguete pa-

— ¡Ya ni se acordará de mí!

— ¡Vamos!

— ¿Le habeis visto?

— Yo lo veo todo. No tardará en rondar estos lugares. Y lo que me extraña es que no haya venido ya. Tengo buena memoria. No he olvidado las promesas que te hacía esta primavera cuando te encontraba paseando por las avenidas del bosque. Pues bien, es necesario exigir que cumpla esas promesas.

— ¡Me despreciarían todos!

— ¿Quién? Los de aquí, cuando dejen de verte te olvidarán. Allá, en París, nadie te conoce. Condenarte al suicidio, entiendo que no es solución.

— ¡Pero si odio á ese hombre! Si, lo odio por las penas que me causa, por las que causa á Román, por la vergüenza á que condena á mis padres! Y no quiero verlo.

— Aun cuando lo odies, como dices, no eres mujer para permanecer aquí y morir en tanto. Cuando uno odia, se vengá. ¡Yo también me vengaré de alguno! Le perseguiré siempre. Y le tenderé un lazo hasta que caiga. Por él está Simón en la cárcel. El tiene la culpa de que mi marido se halle tan enfermo. Acabaría con nosotros, si pudiera, cual si fuésemos lobos ó zorros. ¡Paciencia! Ya llegará el día en que le coja en la trampa y le apriete el pescuezo como á una liebre. Es así como hay que ser.

Y la Simona, indignada, furiosa, pensando en Labranche, extendía la mano hácia la

casa de éste y no cesaba de amenazarle.

Solange la contemplaba, emocionada ante la explosión de aquel odio, que al fin estallaba como para marcarle el camino que ella también debía seguir.

Cuando la *Bigornia* calló, oyeron que se acercaba alguien.

— ¡Tu madre! No digas nada—repuso con viveza la mendiga, recogiendo y ocultando en su bolsillo el papel en que Solange había escrito su triste despedida.

— ¿Vos por aquí, Simona?—dijo la señora Fargeas.

— Os pido mil perdones por mi atrevimiento; pero estaba tan cansada, me sentí tan mal cuando pasé por aquí, que entré á pedir un vaso de agua.

— No hay nada que perdonar. Habeis hecho perfectamente, y celebro encontraros.

— ¿Por qué?

— Vengo del pueblo... Os aconsejo que volváis á vuestra casa cuanto antes.

Los ojos de la mendiga echaban chispas.

— ¿Sucede alguna desgracia?

— Tranquilizaos.

— ¿Se trata de Simón?

— En efecto.

— ¿Ha muerto, quizás?

— No. Está enfermo. Lo llevan á su domicilio.

— ¿No me engaiais?

— Ya sabeis que no, Simona.

— Para que lo trasladen á casa es preciso que esté moribundo. ¡Ah! Si muere, ¡pobres

de los que le han matado!... ¡Si quieren vivir tranquilos, que me maten cuando el faltel!... Seré envenenadora... asesina... incendiaria, si es preciso... Y luego, si quieren, que me corten el pescuezo... ¡Qué me importa eso, si ya no me quedará nada en el mundo... si ya no le veré!... ¡El, tan bueno, tan inofensivo, tan poco ambicioso!

Su exaltación era imponente.

—No teneis razón, Simona—dijo la corsa.

—El mal no es tan grave, y es de esperar que tenga remedio.

La *Bigornia* miró á su alrededor con desconfianza.

—Pierdo el juicio—repuso.—Desde que me veo sola no sé qué me pasa. No hagais caso de lo que digo, señora Fargeas. Si hay mala gente, abunda también la buena. De eso estaba hablando con Solange. Pero la desgracia se ceba en mí y me vuelve loca... Muy buenos días.

Se inclinó humildemente y salió.

—¡Pobre mujer!—dijo Catalina.

Y sacando de un cajón una pieza de cinco francos, encargó á su hija:

—Toma, llévale este dinero, que le hará falta; pero no se lo digas á tu padre.

Solange corrió tras la Simona, que se alejaba de prisa y corriendo, y le puso el dinero en la mano.

—Aceptad esto—díjole.—No somos ricos, pero es preciso ayudarse mutuamente. Es mi madre quien me envía.

La *Bigornia* guardó la moneda en un in-

menso bolsillo que llevaba colgando debajo de las faldas.

—La tomo—contestó—porque viene de tí, Solange. Escucha un consejo, que vá dirigido á tu buen corazón.

—Habla.

—Román Tremor es orgulloso. No cambiará de actitud, por ahora al menos. No puede. El hijo de otro hombre os separa. Aunque muriera, no te perdonaria. Te queda el conde. Este se ha burlado de tí. Imitame. Sé cauta. Haz todo el daño que puedas á quienes te han ultrajado. No soy quién; y sin embargo, ya verás á dónde llega mi perseverancia. Tu tienes medios de que yo carezco. Si el conde no viene á ti, vé tu á él con toda osadía. ¡Pero vendrá! No es posible que te haya olvidado. Hasta la vista, mi Solange.

Hízole seña de que callara, y emprendió el camino hacia la fragua.

XIII

Cuando Solange pasó por el estanque donde momentos antes intentó ahogarse, halló á su madre que la estaba esperando y la condujo á su casa.

Los consejos de la anciana germinaban ya en su ánimo.

La naturaleza humana es débil y cobarde por instinto. Todo ser, por miserablemente que viva, quiere vivir.

¡Solange quiso morir!

Quiso morir realmente, porque no tenía valor para arrostrar la cólera de su inexorable padre; ni las quejas de su adorada madre, á quien no tenía valor tampoco de hacer tan repugnante confesión.

Pero ahora conocía un medio de salvación: ¡la fuga!

No más reproches ni humillaciones, y ¿quién sabía? tal vez al fin de esta aventura, la riqueza, la venganza...

Aquel niño ¡causa de sus desvelos!, aquel niño que llevaba en sus entrañas, ¿no era una unión entre ella y el conde?

¿Y los juramentos, las promesas de este?

Todo lo calculaba con alguna confusión todavía; pero la *Bigornia* había despertado nuevas é infinitas ideas en aquella imaginación, calenturienta por tres meses de torturas.

Era hermosa. ¿Podía ignorarlo?

Y el conde estaba loco por su belleza. ¡Se lo había dicho tantas veces!

La aventura dejó muchos recuerdos en el ánimo de Oliverio, que más de una vez, en su espléndida morada de París, había pensado en Solange, sin poder olvidar su cabello incomparable, su tez pálida, el esbelto talle y los encantadores ojos de lánguida y penetrante mirada.

La corsa esperaba allí á su hija para tener con ella una verdadera explicación.

—Lo que sucede—dijo Catalina con voz breve—me espanta. Quiero saberlo todo por tí misma.

Solange arrojó la tempestad.

—¿Qué deseais saber?—preguntó.

—¿Por qué has rechazado á Román?

—Porque no quiero casarme.

—Me engañas. Tú le amabas.

—Eso era ántes.

—¿Y ahora?

—No quiero á nadie.

—¿Ni á tus padres?

El corazón de la desdichada se estremeció.

—Si te dijera que os idolatro no me creeríais.

—¿Entonces por qué no consientes en ese matrimonio, que nos haría tan felices?

—¡Es imposible!

—Sé franca. Soy tu madre. Puedo saberlo todo y... perdonarlo todo también. ¿Amas á otro?

—¿A quién?—exclamó Solange desdeñosamente.

—¡Yo qué sé!

—Aquí no se ha visto á nadie.

Catalina golpeóse la frente con la mano.

Desde la víspera no había pensado más que en las visitas del conde.

—No—decía hablando consigo misma,—eso es absurdo! Y sin embargo, puede ser verdad.

—¿A quién te refieres?

—El señor Oliverio ha pasado por aquí con mucha frecuencia después de su último viaje... Y os he visto pasear juntos. ¿Qué te decía entonces?

—¿Qué quieres que dijera?

—Te halagaría probablemente. Te diría que eres bonita, que no has nacido para vegetar en este humilde rincón del mundo. Trataría de inculcar en tu ánimo el orgullo y la vanidad. Supongo que no habrás sido tan simple que hayas dado crédito á sus palabras. Convéncete de que no somos nadie para esas gentes. ¡Nos considera sus criados. Creen que no somos de carne y hueso como ellos. Una muchacha como tú no es más que un juguete para un hombre así!

—¡Ya lo creo!

—Siempre has sido juiciosa, mi Solange. Te hemos educado lo mejor que hemos podido. Y sería una verdadera desgracia, tanto para tu padre como para mí, que cayeras en la más leve falta...

—¡Madre mía!

—Tengo confianza en tí. No trataremos de contrariar tu resolución; por más que ciframos nuestro mayor afán en verte casada con un muchacho honrado y laborioso y en que no salieras de aquí. La vida es corta; y no hay en ella otra felicidad que la de no verse separados de los seres que amamos y nos aman.

Solange confió demasiado en sus propias fuerzas.

Las tiernas palabras de su madre la llegaban al alma y la vencían.

—¿Qué tienes?—preguntó Catalina acariciándola.

—Nada. Un ligero malestar. Ya pasó.

—Solange—repuso la madre con voz gra-

ve;—si sufres, si eres desgraciada, si... tienes algo de qué acusarte, confíesamelo ahora que estamos solas. Ya te lo he dicho; una madre puede perdonarlo todo. Habla. ¡Qué pálida estás!

—Dádme agua.

Catalina obedeció; y mientras que Solange, desfallecida, bebía, los ojos de la corsa se fijaban tan pronto en el desencajado semblante de su hija como en su cuerpo...

Una sospecha se clavó en su corazón como si fuera un puñal.

—¡Se trata de algo muy grave!—exclamó.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás mintiendo.

—¡Madre!

—Sí, mentías. Has rehusado el casarte con Roman porque te has entregado al otro, al conde!...

—¡Oh!

—Y porque estás en cinta.

Solange se echó, arrodillada, á los piés de su madre:

—¡Piedad!—exclamó juntando las manos.

—Levántate—dijo con dureza Catalina.— ¡Si tu padre te hallara en esa actitud, lo comprendería todo, y no respondo de tu vida!

El golpe que había recibido la pobre madre fué tan inesperado, tan terrible, que la dejó horrorizada.

Había vivido veinte años feliz al lado de su marido y de su hija. Aunque eran pobres, nada les faltaba, ni ambicionaban ni deseaban nada.